

"Pop puro para la gente de ahora" es realmente una colección de temas heterogéneos más que un disco unitario; cinco de las once canciones habían aparecido previamente como singles y la variedad de acompañamientos sugiere que las grabaciones provienen de épocas muy diferentes. Lo cual no es tan peligroso como podría imaginarse; "Jesus of Cool" es la obra de un estilista veleidoso y es recomendable escuchar cada corte por separado, aislándolo del resto de las canciones.

Lo único que aglutina a esos once experimentos es la realización de Nick Lowe, cuya afinidad por las formas más vitales de la música pop resulta prodigiosa: hay que tener en cuenta que no estamos ante un adolescente lleno de entusiasmo ni tampoco ante un resabiado productor afinado a los gustos del público, arquetipos que se encuentran generalmente detrás de las mejores piezas del pop. Lowe resuelve su hipotética incompatibilidad para crear pop auténtico —con sus cualidades de exuberancia, simplicidad y comercialidad—, añadiendo gotas de un cinismo y un humor muy idiosincrásicos que enlazan con la tradición excéntrica de

otros muchos artistas ingleses. Por ejemplo, "Marie Prevost" resulta ser una descripción de la desagradable muerte de una de las estrellas del Hollywood del cine mudo, mientras que en "Nuttred by reality" hace juegos de palabras entre el verbo castigar y el nombre de Fidel Castro (y consigue hacerlo tolerable por la habilidosa fusión de dos partes bien diferenciadas). No hay señales del distanciamiento elitista propio de los practicantes del "pop art" de los sesenta; Lowe está haciendo esa música porque cree en sus virtudes primarias, no porque sea un reflejo de su sociedad, bla, bla, bla. Así es como da una visión adulta de una música esencialmente juvenil sin traicionar sus características básicas.

Llega este "Jesus of Cool" en un punto en el que la música pop (entendiendo esta expresión en sentido restringido, como subgénero del rock) se está revitalizando, adquiriendo el carácter de alternativa frente a los pretenciosos y farragosos bodrios con que se nos obsequia desde las alturas. Para este renacimiento, no podríamos encontrar mejor profeta que Nick Lowe. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

CINE

¡Arriba Hazaña!

Vaya por delante que esta película no es exactamente la novela "El infierno y la brisa", de Vaz de Soto, sino más bien una adaptación libre de su argumento. Estamos ante uno de esos films en los que el crítico no acierta a saber dónde acaba el



"¡Arriba Hazaña!", de José María Gutiérrez.

Cultura popular en Zaragoza

Hay muchas maneras de conmemorar mayo del 68. Por ejemplo, la Asamblea de Cultura de Zaragoza dejó de lado las necrologías y las nostalgias por lo que pudo ser y no fue y lo celebró siguiendo, imperturbable, su propia dinámica interna, presentándose ante sus conciudadanos bajo el lema "Por un teatro municipal y popular". Trataba de poner ante los aragoneses un muestrario de su riquísimo patrimonio cultural mediante la presentación de los últimos álbumes de Tomás Bosque y Joaquín Carbonell, el estreno de Marta, Marta por el Teatro de la Ribera y un recital conjunto de Jorge Fresno (a la guitarra barroca), José Luis González Uriol (al clavecín) y Chicotén (grupo folklórico aragonés que va a ser uno de los bombazos discográficos del año). Se intentaba así rescatar el teatro Principal de las liturgias operísticas y vodevilescas de la burguesía, al mismo tiempo que el público popular, el de los recitales-mitines y las banderolas rojas, oía música "clásica" tan constitutiva de su identidad histórica como la de los cantautores. En esas tres jornadas de la segunda semana de mayo del 78 se estaba procediendo, a un doble y necesario rescate.

Era una buena muestra del estilo de la Asamblea de Cultura de Zaragoza, nacida allá a finales de 1977 como una plataforma de encuentro de las gentes que se dedican a la cultura popular, para superar la falta de coordinación existente, y aunar fuerzas de cara a las batallas que se avecinaban.

Sus objetivos están bastante claros: la cultura es producto no siempre rentable de modo inmediato, y de gestación lenta y delicada, por lo que en un momento de transición política se corre el riesgo de someterla a los vaivenes del partido o grupo en el poder. Se trata de asegurarle una vida y ritmo propios, permitiendo el desarrollo de todas las necesidades culturales, no sólo de aquellas utilizables como instrumento arrojadizo para la política más peleona y coyuntural.

En consecuencia, la Asamblea no pretende institucionalizarse como órgano ejecutivo, sino que piensa moverse, más bien, en el terreno de lo consultivo. Sus poderes residirían, en todo caso, en el hecho de agrupar a casi todos los elementos decisivos de la cultura zaragozana: no se podría montar un recital, ni una obra de teatro, ni un ciclo de conferencias (etc.), de entidad sin contar con ella. Tiene la fuerza de trabajo, y es el resultado de una labor de años, que no se improvisa: la de un Labordeja, La Bullonera, el Teatro Estable, el Teatro de la Ribera, El Grifo, etc. Y todos ellos están en la Asamblea. ■ A. S. V.

oportunismo y dónde el sincero didactismo. Y es porque la película no lo aclara. Para cine apriorísticamente "popular", el esquematismo en el que incurre no queda del todo inocente; para análisis político profundo, es a todas luces reduccionista e insuficiente. Veremos, de todas formas, qué acogida le da el personal.

Si la novela narra acertadamente la crónica sentimental de la represión en un colegio de curas bajo el franquismo, la película parece en un principio, más o menos hasta la mitad, ir por esa senda. ¿Que no es un "Nel nome del Padre"? Bueno, José María Gutiérrez Santos ("Pantaleón y las visitadoras") tampoco es Bellocchio. Pero al menos las imágenes no mienten, ese mundo franquista existió, y todos o casi todos lo padecemos. Ahora bien, de pronto empiezan a aparecer sospechosos paralelismos en la pantalla: resulta que Fernán-Gómez no es sólo el prefecto duro, sino también un sotana/camisa vieja; resulta que Héctor Alterio viene a transformarse en la "transición"; resulta que entre los alumnos comenzamos a identificar con pelos y señales al anarco, al comunista... Los chavales empiezan a hablar de "provocadores" de "incontrolados", a cantar el himno de Riego, a decir: "Por aquí no pasarán",

analiza. No es que lo que se nos diga no haya pasado; al revés, como en la publicidad, lo que vemos es ciertísimo: el comunista y el anarco se quedan en el patio del colegio, mientras que sus compañeros, satisfechos con las elecciones a delegados, cantan a coro el himno de toda la vida, bajo la atenta mirada del "nuevo director". El problema es que la alegoría aparece poco sutil. Antes nos quejábamos que la guerra, o la posguerra, no eran nunca analizadas en nuestro cine posfranquista, sino que sólo se nos suministraba fenomenología; pero ahora la cosa puede resultar más grave, porque banalización no es clarificación. Ejemplo claro lo tenemos cada día en el comportamiento de nuestra clase política; a buen entendedor, está claro que hasta el más estúpido de los gestos de nuestros padres de la Patria tiene un porqué y un para qué; pero, ¿y a mal entendedor?, ¿qué entiende el personal común de lo que esos señores hacen delante de sus narices? El problema de las "terceras vías", a lo que se ve, sigue en pie. "¡Arriba Hazaña!" puede incluso resultar fallida comercialmente, por exceso de parábola, de esquematismo, por abandonar la trágica, ramplona y verídica senda de la crónica sentimental de una época. ■ INTERINO.